

# EL CERCO A CHINA

LOS cuatro golpes de estado de África negra están demasiado próximos en el tiempo y en la geografía como para pensar en una coincidencia. Se pueden ligar con otros acontecimientos más lejanos: por ejemplo, con el golpe de estado de Indonesia. En el Congo es el general Mobutu el que ha eliminado el Parlamento, ha destituido al presidente Kasavubu y se ha atribuido el poder de gobernar por decretos. En Dahomey, es el general Soglo quien el 22 de diciembre se ha alzado contra el poder civil, mientras que en el Alto Volta, a continuación de un intento de huelga general, es un coronel, Sangule Lamizana, el que destituyó al presidente Yameogo, cuyas primeras palabras fueron para decir: «Soy el primero en alegrarse de que el jefe del estado mayor del Ejército, en perfecta armonía conmigo, rodeado de sus oficiales, pueda continuar hacia adelante y realizar de forma pacífica esto que yo llamaría concierto de competencias». Sus opiniones posteriores se desconocen: fue rápidamente encarcelado. Simultáneamente, otro coronel tomaba el poder en la República Centro Africana: Bedel Bokassa, que detuvo al presidente David Dacko cuando éste trataba de huir, y anunció: «Ha comenzado una era de igualdad». Estos tres últimos golpes de estado —Dahomey, República Centro Africana y Alto Volta— han tomado rápidamente una decisión de política internacional: romper sus relaciones con China, expulsar a los representantes del Gobierno de Pekín. En Indonesia, el general Nasution no ha llegado a tanto en lo formal, en lo diplomático —China está demasiado próxima y los acontecimientos de Asia son fluctuantes— pero se ha sobrepasado en la actuación. Hace nueve meses otro golpe de estado africano, el del coronel Bumedian en Argelia, tomó rápidamente una inclinación antichina y sirvió para destruir la segunda conferencia afroasiática donde hasta aquel momento los chinos parecían mantener una posición preponderante. La supuesta penetración china en estos territorios africanos que acaban de pasar del poder civil al poder militar es muy relativa. Hay que tener en cuenta que ninguno de ellos reconoció a China por iniciativa propia sino por reflejo: antiguas colonias francesas, influidas muy notablemente hasta ahora por Francia y por la economía francesa, no se decidieron a reconocer el régimen de Pekín hasta que no lo hizo Francia. Los nuevos regímenes separan a estos países de una influencia china que apenas ha existido seriamente; al mismo tiempo, los separan un poco más de Francia, de la Francia del general de Gaulle. El hecho de que la China comunista y la Francia del general de Gaulle sean hoy —con matices,

claro, muy distintos— los principales perturbadores de la política de expansión global de los Estados Unidos hace suponer que estos movimientos sean algo más que un feliz milagro para Washington. Estos movimientos surgen precisamente en un momento en que la llamada «ofensiva de paz» —como si las dos palabras pudieran honestamente conciliarse— ha precipitado a los más acreditados diplomáticos de los Estados Unidos por las capitales de todo el mundo en busca de apoyo moral para su acción en el Vietnam: en el fondo, para su política de cerco a China. Dahomey, Alto Volta y la República Centra Africana pueden ser países insignificantes en el contexto del mundo: entre los tres reúnen menos de siete millones de habitantes; su economía es deficitaria, sus ejércitos inexistentes —salvo, como se ve, para la autoconquista—, su influencia política sobre sus vecinos muy escasa. Sin embargo, cada uno de ellos dispone de un voto en las Naciones Unidas y en la Organización de Unión Africana. Otros jefes de estados pequeños de África pueden pensar también en lo efímero que es el poder cuando uno reconoce a Pekín, vota a favor del ingreso de China en la ONU y sigue demasiado de cerca la política de independencia frente a Estados Unidos del general de Gaulle. Puede acostarse en su palacio presidencial y despertarse en un calabozo. O algo peor, como lo que le sucedió al presidente Sylvanus Olimpio, de la República de Togo, asesinado en 1963 tras el levantamiento de una junta militar. Fue el mismo año en que el fantástico abate —supuesto abate, al que se habían retirado las órdenes— Fulbert Youlú —que se encargaba sus sotanas en Christian Dior— fue arrancado del poder en el Congo-Brazzaville; éste es el único país, por cierto, de la llamada Comunidad francesa que todavía reconoce hoy a los chinos. Más tarde hubo un golpe de estado en el Gabón; entonces de Gaulle tomó una decisión rápida y envió sus paracaidistas para restablecer el amenazado poder de Leon M'Ba; y lo consiguió, pero a costa de que su intervención fuese condenada como agresiva y neocolonialista. Ahora el general no se ha atrevido a ninguna intervención de ese tipo.

NO parece que China tenga mejor suerte a la izquierda de la que está teniendo a la derecha. La víspera de la conferencia de los Tres Continentes que se ha celebrado en La Habana ha sido especialmente marcada por un discurso de Fidel Castro que ha supuesto un

ataque duro contra China. Castro se quejaba de que China, «con pretextos estratégicos», había denunciado el acuerdo de intercambio de arroz por azúcar «cuando las negociaciones no habían terminado todavía y sabiendo que Cuba no puede recurrir a otros países».

La conferencia de los Tres Continentes reúne 500 delegados de 77 países de África, Asia y América. La mayor parte de estos delegados no son representantes oficiales, sino de organismos o partidos políticos de izquierda, de tipo más o menos revolucionario. Se trata con ella de restablecer la difícil situación del «tercer mundo», que fue nuevo, importante y decisivo en la época de la Conferencia de Bandung, pero que poco a poco —o mucho a mucho, como lo demuestran estos últimos golpes de estado antes inventariados— ha ido siendo mediatizado. Se entiende que los pueblos de estos países que un día fueron neutralistas no han cambiado de posición —puesto que sus problemas esenciales son los mismos, y uno de ellos insalvable: el hambre, el subdesarrollo—, pero



sus gobiernos sí. La «segunda conferencia de Bandung» entre jefes de estado del tercer mundo no se ha podido celebrar nunca, como consecuencia de esta mediatización; la conferencia de los pueblos de los tres continentes debe sustituirla. Los cuatro puntos del orden del día de la conferencia son lo suficientemente explícitos: lucha revolucionaria contra el colonialismo y el neocolonialismo, examen de los focos activos de la lucha en los tres continentes (Vietnam, Santo Domingo, Rhodesia); solidaridad entre afroasiáticos y americanos en los campos de la cultura, la economía y lo social y, finalmente, organización y unificación de los esfuerzos de los movimientos revolucionarios de los tres continentes en lucha. Desde el primer momento, desde que se inició el estudio de los procedimientos, reapareció la dificultad de conciliar las posiciones de los delegados de la URSS y de China. La URSS pretendía que las decisiones se tomaran por simple mayoría; China exigía la unanimidad. Ha prevalecido la tesis soviética, como también en el caso de la limitación a diez minutos del tiempo concedido para cada discurso, a excepción de los vietnamitas, a quienes se ha dado tiempo ilimitado. China temía ya estas pequeñas derrotas y se había opuesto en principio a que la reunión se celebrase en La Habana; sobre todo, después de la eliminación de Ernesto «Che» Guevara del Gobierno de Castro —y de su desaparición posterior—, puesto que se atribuía a Guevara una mayor inclinación hacia China de la que pudiera tener Castro. Se había supuesto, incluso, que China no acudiría o abandonaría la conferencia en el caso

de que los ataques contra ella y sus tesis fuesen demasiado violentos. Pero China está muy interesada en no precipitar una situación de ruptura: la conferencia de 1967 debe celebrarse en Pekín, y no quiere comprometerla.

El interés especial de esta conferencia ha estado en la participación de los representantes hispanoamericanos. Se ha podido ver que los participantes de estos países representaban a veces alianzas políticas muy precarias como ocurre con las coaliciones armadas de Colombia, Venezuela o Perú. La delegación argentina estaba compuesta de comunistas, trostkistas, socialistas de izquierda, peronistas; la del Brasil tenía una mayoría comunista, pero del antiguo partido, del de Carlos Prestes. Los chilenos habían unido comunistas y socialistas. Puede decirse que, en general, había un predominio de comunistas en las delegaciones hispanoamericanas, y que habían conseguido una unidad de puntos de vista resumidos en tres puntos: derrocamiento de los regímenes alineados junto a Estados Unidos, unidad de lucha contra estos gobiernos y programas comunes de reforma agraria. Para estos luchadores —principalmente representantes de movimientos clandestinos, de guerrillas armadas— el hecho de haber conseguido entre sí una unidad, por precaria que sea, les parecía ejemplar para evitar toda clase de ruptura entre la URSS y China. Sin embargo, parece que una mayoría se inclinaba hacia la URSS y que las declaraciones de Fidel Castro, aun referidas a un problema no ya político, sino económico, y estrictamente interior, ha acentuado estos puntos de vista.

**por E. HARO TEGLEN**

**L**A diplomacia china no puede en estos momentos enorgullecerse de sus éxitos. Una posición demasiado radical la ha alejado de la izquierda. Al mismo tiempo, el cerco de los Estados Unidos se precisa más y más; la «ofensiva de paz» es un preludio temible de un nuevo estrechamiento del cerco. No solamente los países comunistas, sino otros muchos —Francia, Argelia, la RAU— estiman —a través de sus órganos de información— que se trata de «una maniobra psicológica antes de desencadenar una extensión decisiva del conflicto al Vietnam... y hasta China» (Madame Tabouis, en «Paris Jour»). El hecho —dice también Mme. Tabouis— de que el Papa, después de haber recibido a Goldberg, haya dirigido nuevos mensajes para la paz en el Vietnam a todos los interesados, Washington comprendido, «probaría, según los observadores romanos, que el propio Papa manifiesta un cierto escepticismo frente al esfuerzo pacífico de las iniciativas del Presidente Johnson, sino en cuanto a sus intenciones, y se hace notar en los círculos diplomáticos que las conversaciones entre el nuncio y el general de Gaulle no mencionaban la campaña americana como una real esperanza de paz». La mayor parte de los países que han visitado los reyes magos de Johnson —Harriman, Goldberg y Mennen Williams, seguidos después por una misión de Thomas C. Mann hacia Hispanoamérica— han rechazado sumarse abiertamente a las tesis preconizadas por sus visitantes y han publicado comunicados oficiales u oficiosos no comprometidos, inclinados solamente hacia la idea de la paz en abstracto. Todo se vuelve a plantear ahora en la ONU, por la voz del embajador Goldberg, que hizo a fines de la semana pasada un llamamiento a todos los países del mundo para que compartieran su «ofensiva de paz». Sin duda podrá contar ya con los votos de la República Centro Africana, del Alto Volta y de Dahomey.

**L**o que se precisa, se endurece. Es una forma nueva de guerra fría. Puede terminar muy mal. No se puede precisar cómo. Hay que pensar que la URSS estaba aún en peor situación de la que estaba en estos momentos China cuando la coalición anglo-británica inició su guerra fría contra ella: aún se estaba combatiendo las últimas batallas de la II Guerra Mundial cuando Churchill patentó su frase del «telón de acero». Los Estados Unidos tenían ya la bomba atómica, y la habían lanzado sobre Hiroshima, y la URSS no tenía más que las armas fabricadas con urgencia durante la guerra, y un país destrozado por la ocupación alemana y el esfuerzo de defensa. China es un país difícilmente atacable, ni aun con bombas atómicas. El tiempo actúa a su favor. Pero la administración Johnson-McNamara no parece muy decidida a dejar pasar el tiempo: tiene prisa y lo está demostrando. Una agresión directa —aunque no una invasión— no parece hoy imposible.

E. H. T.

Foto Archivo

